

Félix Suárez

Al pie de las murallas

Nos detuvimos a besarnos
frente a los restos de un mercado antiguo.
No era a las puertas de Cartago, la Opulenta,
que se abrían a diario para deslumbrar el mundo.
Ni en los hervores húmedos de Bali,
entre el agobio iracundo de los monos
y el despropósito abusivo de las ceibas.

Pero me hablaste ahí de tu marido
y del joven artista aquel
que te llevó entre El Cairo y te pintó desnuda,
y de Corinto y Nápoles, y de su hostel de fiebre.

Esa tarde debí haber muerto
al pie de las murallas frigias
o abandonarme ya sin armas, sin consuelo,
a la piedad masiva de mis ojos.

Pero sólo vi el último rayo de luz sobre tu cara
y una nube de sangre, altísima,
que destelló un instante
y se ocultó en seguida, ardiendo,
tras la roja humareda
que desató la noche.

El día de la resurrección

Ese día, amada,
sobre el umbroso Valle de Josafat,
no despertaremos tampoco juntos.

Ni volveré a mirar
como hoy, en otros días,
el primer rayo de luz sobre tu cara.

Nada
—está escrito—
nos volverá a la dicha.

Los fieles difuntos

Si no fueran pájaros ni ángeles sitiados
en la nocturna trama del deseo,
bastaría el renuevo de sus voces
y sus alas,
golpeando
como ramas secas contra el vidrio.

Nos bastaría acaso el vaho o el color,
o el eco solamente de sus pasos,
para saber que alguna vez,
en otro tiempo,
fueron y vivieron también a nuestro lado.

Antología personal (1984-2009). Libro de próxima aparición bajo el sello de editorial Praxis.